

# TFM-Teresa de Sande Expósito

*por* Teresa de Sande Expósito

---

ARCHIVO	100738_TERESA_DE_SANDE_EXPOSITO_TFM-TERESA_DE_SANDE_EXPOSITO_1651689_2140486620.PDF (303.87K)		
HORA DE LA ENTREGA	08-MAY.-2020 01:00P. M. (UTC+0200)	NÚMERO DE PALABRAS	8186
IDENTIFICADOR DE LA ENTREGA	1319355109	SUMA DE CARACTERES	43685

Teresa  
de Sande  
Expósito



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

**HERMANOS Y ADQUISICIÓN DE MIEDOS**

# **HERMANOS Y ADQUISICIÓN DE MIEDOS**

Autor/a: Teresa de Sande Expósito  
Director/a Profesional: Belén Marina Gras  
Director/a Metodológico/a: Mónica Terrazo Felipe



MADRID | Mayo 2020

## RESUMEN

El presente estudio examina las posibles relaciones entre tener hermanos y la adquisición de miedos en la infancia. Los miedos parecen tener su inicio en la infancia, a edades muy tempranas, aunque estos miedos son denominados como adaptativos. Estos miedos pueden ser adquiridos por tres vías, siendo una de ellas la información negativa recibida de personas significativas, siendo parte de estas personas los hermanos. Por lo que la principal hipótesis gira entorno a la idea de que los niños con hermanos tendrán más miedos que los niños sin hermanos, al estar expuestos en mayor medida a la información negativa de estos. El estudio se realizó con una muestra de 63 niños con edades comprendidas entre los 10-12 años y se empleó el Inventario de Miedos para Niños II (Fear Survey Schedule for Children II, FSSC-II) para evaluar la intensidad de los miedos. No se han encontrado diferencias significativas en las distintas hipótesis planteadas, ya que los niños con hermanos no mostraron diferencias significativas en cuanto a la intensidad de sus miedos en comparación con los niños sin hermanos. Tampoco se encontraron diferencias significativas en función del sexo ni el contenido de los miedos.

**Palabras clave:** miedos, adquisición, infancia, hermanos, información negativa.

## ABSTRACT

This study examines the possible relationships between having siblings and the acquisition of fears in childhood. Fears appear to have their onset in childhood, at very early ages, although these fears are referred to as adaptive. These fears can be acquired in three ways, one of them being negative information received from significant people, part of which are siblings. Therefore, the main hypothesis revolves around the idea that children with siblings will have more fears than children without, as they are more exposed to negative information from them. The study was conducted with a sample of 63 children aged 10-12 years and the Fear Survey Schedule for Children II (FSSC-II) was used to assess the intensity of the fears. No significant differences were found in the different hypotheses raised, since children with siblings showed no significant differences in the intensity of their fears compared to children without siblings. No significant differences were found according to sex or the content of the fears.

**Key words:** fears, acquisition, childhood, siblings, negative information.

## INTRODUCCIÓN

El miedo y la ansiedad son emociones que pueden ser confundidas, por lo que se debe hacer una distinción entre ellas. Autores como Lang, Davis y Öhman (2000) definen tanto el miedo como la ansiedad como emociones primarias que se encargan de preservar la salud de los individuos, ya que pueden facilitar la aparición de un refuerzo que conlleva mantener cierto nivel de seguridad y bienestar (Sylvers, Lilienfeld, y LaPrairie, 2011). La principal diferencia entre ambas radica en que el miedo aparece en presencia de un peligro o amenaza que resulta inminente para la persona, mientras que la ansiedad se define como un estado anticipatorio causado por una probable, remota e incierta amenaza.

Otra diferencia entre miedo y ansiedad se encuentra en el modelo de respuesta emitido ante el estímulo que el individuo percibe como amenazante: mientras en el miedo tratamos de huir y escapar de la situación donde, en ocasiones, puede desencadenarse una respuesta motora de huida, en la ansiedad predomina la vivencia interna del sujeto frente a la situación amenazante.

Por tanto, el miedo es considerado como un mecanismo defensivo presente en los individuos que se activa ante la presencia de un estímulo peligroso. Como consecuencia, se generan respuestas de protección, motivando a la evasión y el escape. El miedo está presente a lo largo de nuestra vida y de nuestro desarrollo como individuos, apareciendo durante edades tempranas (Caballo & Simón, 2002). Este estado que motiva, tanto a animales como a las personas, a escapar, podría ser activado por estímulos de peligro innatos (Öhman y Mineka, 2001). Así pues, una de las características principales del miedo es que motiva a la evasión y al escape (Epstein, 1972).

Por otro lado, se debe diferenciar el concepto de miedo y el de fobia, ya que con frecuencia son empleados indistintamente. Sin embargo, existen ciertos aspectos que nos conducen a la necesidad de hacer una distinción entre ambos (Valiente, Sandín, & Chorot, 2011). La diferencia entre ambos es principalmente cuantitativa; mientras el miedo produce desasosiego en el estado de ánimo de la persona debido a un peligro real o imaginario, las fobias son miedos persistentes e irracionales donde aparece un intenso deseo de evitar el objeto, actividad o situación que produce terror, es decir, una fobia puede ser definida como un miedo intenso, excesivo y, en ocasiones, irracional (Lima Álvarez & Casanova Rivero, 2006). De acuerdo con Miller, Barret y Hampe (1974), una fobia es una forma de miedo que es definido según las siguientes características (Valiente, Sandín, & Chorot, 2011):

- No guarda proporción con el peligro.
- No puede ser explicado ni razonado.
- Las reacciones que provoca están fueran del control voluntario.
- Lleva a la evitación de la situación temida.
- Persiste durante un tiempo prolongado.
- Es desadaptativo.
- No está asociado a una edad o etapa específica de desarrollo.

A pesar de que los miedos pueden ser desencadenados por una gran variedad de estímulos, los miedos más intensos y las fobias suelen estar relacionados con eventos o situaciones que han sido amenazantes para nuestros antepasados desde una perspectiva filogenética, como pueden ser los depredadores, las alturas o los espacios abiertos, en lugar de temer a objetos potencialmente mortales presentes en nuestro día a día. La evolución ha hecho que ciertos objetos y situaciones sean fuentes innatas de miedo (Mineka & Öhman, 2002). Este aspecto es definido como la propiedad filogenética de los miedos, según la cual no todos los estímulos tienen la misma potencialidad de convertirse en estímulos provocadores de miedo. Este fenómeno fue descrito a partir del constructo de preparación de Seligman (Valiente, Sandín, & Chorot, 2011).

Seligman (1971) formula la teoría de preparación o modelo de asociación selectiva, según la cual los humanos estamos biológicamente preparados para adquirir miedo a ciertos objetos o situaciones que suelen amenazar la supervivencia de la especie. Esta teoría fue desarrollada para explicar la rápida y aparente irracionalidad de la adquisición de miedos comunes, así como su alta resistencia a la extinción (Hofmann & Moscovitch, 2002).

La aparición de los miedos comienza en etapas tempranas, a lo largo de su desarrollo y de su maduración, los niños experimentan numerosos miedos, aunque es cierto que la mayoría de ellos son transitorios, de baja intensidad y están asociados a edades y etapas evolutivas específicas. Estos miedos son denominados “evolutivos” y son un aspecto normal del desarrollo de los niños y adolescentes, ya que “proporcionan a los niños medios de adaptación a variados estímulos estresantes vitales” (Morris y Kratochwill, 1985). Este tipo de miedos, al no presentar tanta intensidad y remitir con los años, habitualmente no precisan de tratamiento psicológico. A pesar de ello, hay ocasiones en las que estos miedos interfieren en la vida del niño y sus familias precisando

tratamiento psicológico. Estos miedos específicos y concretos son necesarios, en cierta medida, pero sin que lleguen a alterar de forma significativa su vida o su propio desarrollo cognitivo y emocional. Estos miedos se definen como ontogénicos y desempeñan un papel adaptativo y de supervivencia durante las edades tempranas; por ejemplo, el miedo a las alturas puede preservar la supervivencia de un niño que acaba de aprender a andar (Valiente, Sandín, & Chorot, 2011).

Los miedos durante la infancia son un tema de interés en la psicopatología del desarrollo, ya que numerosos estudios muestran que entre el 30% y el 50% de los niños presentan uno o varios miedos intensos. Otros autores como Sandín (1997) encontraron que prácticamente todos los niños refieren al menos un temor importante. Es importante prestar la atención debida a los miedos en edades tempranas, ya que éstos pueden, además de interferir en el desarrollo del niño y en su vida cotidiana, derivar a miedos y fobias durante la edad adulta. A pesar de las escasas investigaciones en torno a esta problemática, los estudios llevados a cabo muestran que estos miedos infantiles pueden permanecer en edades adultas y convertirse en un importante factor de riesgo para otros trastornos, como la ansiedad (Méndez Carrillo, Inglés, Hidalgo, García-Fernández, & Quiles, 2003).

Debido a la cualidad adaptativa de los miedos, cada fase evolutiva por la que pasa un niño y posteriormente un adolescente está asociada, de una manera más o menos específica, a ciertas características de miedo. Por tanto, el contenido de éstos reflejará el proceso continuo de maduración cognitivo según los niños avanzan en su desarrollo (Valiente, Sandín, & Chorot, 2011). Existen diferentes tipos de miedos evolutivos que son más comunes en función de la edad del niño, como se muestra en el Cuadro 1.

Cuadro 1 *Miedos más comunes según las diferentes etapas evolutivas*

<i>Etapa evolutiva</i>	<i>Miedos más comunes</i>	<i>Observaciones</i>
<b>PRIMER AÑO (BEBÉ)</b> (0-12 meses)	Pérdida de apoyo Sonidos fuertes Las alturas Personas/objetos extraños Separación Objetos amenazadores (que aparecen súbitamente)	El miedo a los extraños puede continuar como <i>timidez</i> en etapas posteriores; se suele añadir al miedo a la separación. Ambos tipos de miedo se han observado en niños ciegos.
<b>INICIO DE NIÑEZ</b> (1-2½ años)	Separarse de los padres Extraños Tormentas, mar Pequeños animales Insectos	El miedo a la separación de los padres se incrementa entorno a los 2 años. También, aparece el miedo a compañeros extraños.
<b>PREESCOLAR</b> (2½-6 años)	Oscuridad Animales en general Quedarse solo/a Fantasmas, monstruos	Prevalcen los miedos a los seres imaginarios (fantasmas, monstruos, etc.). Aparecen los miedos a los animales salvajes.
<b>NIÑEZ MEDIA</b> (6-11 años)	Sucesos sobrenaturales Heridas corporales Daño físico Salud, muerte Escolares	Adquieren importancia los miedos tipo sangre-inyecciones-daño, y los miedos relacionados con el colegio (rendimiento académico, compañeros, aspectos sociales).
<b>PREADOLESCENCIA</b> (11-13 años)	Escolares Sociales Económicos Políticos Autoimagen	Se mantienen e incrementan los miedos sociales y escolares. Comienzan los miedos sobre los temas económicos y políticos. Emergen miedos relacionados con el autoconcepto.
<b>ADOLESCENCIA</b> (13-18 años)	Sexuales Autoidentidad Rendimiento personal Sociales Académicos Políticos Económicos	Persisten los tipos de miedos característicos de la preadolescencia y adquieren relevancia los relacionados con el rendimiento personal, la autoidentidad y las relaciones interpersonales.

*Nota.* Adaptado de Valiente, Sandín y Chorot (2011a, p.38)

Estos miedos evolutivos son considerados como transitorios en función de la etapa madurativa del niño, produciéndose un desvanecimiento de éstos paralelamente al incremento de edad y de maduración. Sin embargo, pueden llegar a ser desadaptativos en el momento en que son más intensos y/o se prolongan más allá de los límites impuestos por el proceso evolutivo (Valiente, Sandín, & Chorot, 2011).

En cuanto al género, al analizar las diferencias entre sexos, la mayoría de los estudios han encontrado una mayor intensidad y prevalencia de miedos en el sexo femenino independientemente de la edad. En un estudio realizado por Valiente, Sandín, Chorot y Tabar (2002), donde se hipotetizaba que los niveles de prevalencia e intensidad de los miedos eran superiores en chicas que en chicos, tanto a nivel general como en función de diferencias dimensionales entre los miedos (miedo a los animales, al fracaso y a la crítica, al peligro y la muerte, a lo desconocido y miedos médicos), se encontró que efectivamente las chicas obtienen puntuaciones mayores que los chicos, tanto en la puntuación total de los miedos como en el número de miedos correspondientes a cada una de las cinco dimensiones de los miedos (Valiente, Sandín, Chorot, & Tabar, 2002).

Algunas diferencias encontradas sobre el contenido de los miedos en función del género en una investigación realizada por Gullone (2000), fueron que las chicas muestran más miedos a los animales como las serpientes, la suciedad, ser secuestradas o asesinadas, la oscuridad y lugares, sonidos y objetos que son extraños; mientras que los chicos presentan más miedos a seres imaginarios y pesadillas, al peligro y al daño corporal, al colegio y al fracaso (Valiente, Sandín, & Chorot, 2011).

Autores como Caballo (2006) creen que esto puede deberse al rol masculino establecido tradicionalmente, donde los niños tienen a expresar en menor medida sus miedos. Antony y Barlow (2002) creen que otro factor a tener en cuenta en esta explicación es que los niños son educados para correr mayores riesgos que las niñas. También podrían entrar en juego ciertos factores predisponentes en cada sexo (Beltrán Martínez, 2014).

La adquisición de estos miedos durante la infancia puede llevarse a cabo a través de tres vías: condicionamiento clásico, en el cual se da una experiencia directa con el estímulo aversivo; aprendizaje observacional o modelado, donde se observan reacciones de miedo de otras personas; y, por último, mediante información negativa, es decir, escuchar historias negativas sobre cierto estímulo.



El estudio por excelencia del condicionamiento clásico del miedo en niños fue el realizado por Watson y Rayner (1920), en el cual lograron condicionar a un bebé, el pequeño Albert, a temer a las ratas. La asociación se realizó mediante varios ensayos donde se presentaba la rata junto con un sonido desagradable. Tras varios ensayos, el pequeño Albert mostró una reacción de miedo ante la rata. Además, las reacciones de miedo se generalizaron a estímulos semejantes al condicionado como el cabello del propio Watson o una máscara de Santa Claus.

En términos operativos el condicionamiento clásico en la adquisición de miedos se explicaría como la presentación de un estímulo neutro (en el caso del pequeño Albert sería la rata), emparejado con un estímulo traumático o aversivo (EI) como el ruido muy fuerte. Esto, hace que el primer estímulo, inicialmente neutro (EC) prediga el hecho traumático y suscite la respuesta condicionada de miedo (RC). Es decir, el pequeño Albert aprendió a tener miedo a las ratas porque asoció a la rata con un ruido intenso, pasando la rata de ser un estímulo aparentemente neutro a ser un estímulo condicionado. La posterior generalización que el niño hace a estímulos similares es debido a que en el condicionamiento clásico, la respuesta condicionada no solo se suscita ante la presentación del EC (las ratas), si no también ante estímulos similares al que ha sido condicionado, a pesar de que no hayan sido emparejados con el EI (ruido) (de Vicente, 2014).

Para completar las aportaciones del condicionamiento clásico se debe tener en cuenta la teoría de los dos factores de Mowrer (1960). Esta teoría postula el proceso de adquisición de miedos a través del condicionamiento clásico y su mantenimiento como un procedimiento de condicionamiento operante. Asume que una fobia adquirida por condicionamiento clásico se mantiene por los efectos reforzantes que resultan de las conductas de evitación asociadas (condicionamiento operante). En el caso de los niños este reforzamiento, además de negativo, también es positivo en muchas ocasiones. Es decir, cuando un niño siente miedo a menudo se superpone un proceso de reforzamiento positivo, cuando los adultos, sensibles a los llantos, las quejas y los intentos del niño por evitar el estímulo fóbico, le permiten evitarlo y, además, le abrazan y tranquilizan (Servera Barceló & Bernad Martorell, 2017).

Sin embargo, no es necesario tener una experiencia traumática directa para adquirir un miedo. La literatura ha considerado ampliamente la importancia del aprendizaje social u observacional en la adquisición de miedos. Como sugieren la segunda

y tercera vías de adquisición, un gran número de estudios clínicos han incidido en la gran importancia del modelado y la información negativa en el desarrollo de los miedos y las fobias infantiles. Durante la infancia, las posibilidades de adquirir un miedo mediante aprendizaje vicario son, mayoritariamente, a través de los padres o los hermanos, quien pasan la mayor parte del tiempo con el niño, a pesar de que estén en contacto con otras personas que pueden influir sobre ellos como compañeros o profesores. Dentro de las personas que pasan mayor tiempo con el niño, el rol de la madre parece muy importante en la adquisición del miedo mediante este proceso, ya que expresan más a menudo emociones de miedo ante el niño.

En una investigación llevado a cabo por Muris (1997) se estudió en una muestra de niños la forma en la que habrían adquirido cierto miedo. Los resultados mostraron que la gran mayoría de ellos (87.8%) lo hicieron por información negativa, es decir, habían escuchado a otras personas dar información negativa sobre un estímulo y eso les creaba cierta aversión e incluso miedo. En cambio, los porcentajes de los niños que habían adquirido su temor mediante modelado y condicionamiento eran notablemente más bajos, siendo los porcentajes de estos un 49.6% y 61.1% respectivamente (Muris, Merckelbach, & Collaris, 1997).

En este mismo estudio, los resultados indican que el condicionamiento juega un papel importante en los miedos a los animales, los miedos médicos y los relacionados con ser criticado y el fracaso. Por otro lado, la información negativa parece ser relevante en el miedo a lo desconocido, al peligro y la muerte.

Además, autores como Bandura, Lang o Reiss señalan que las experiencias de aprendizaje no son suficientes para el desarrollo de los miedos, ya que hay una gran variedad de variables temperamentales y experienciales que difieren en cada persona y que afectan al resultado de cierta experiencia, pudiendo aumentar o reducir la vulnerabilidad a desarrollar un miedo. Es decir, ciertas investigaciones asumen que sobre cualquier mecanismo de instauración o mantenimiento del miedo actúa un factor de vulnerabilidad (Servera Barceló & Bernad Martorell, 2017). Estas variables actúan tanto individualmente como en conjunto con otras, afectando a la experiencia del miedo, así como a la adquisición y el mantenimiento futuro (Craske, Hermans, & Vansteenwegen, 2006).

Investigaciones llevadas a cabo sobre esta influencia de variables en el desarrollo del miedo, como la realizada por Bierderman, Rosenbaum, Hirshfeld, Faraone, Bolduc,

Gersten, Meminger, Kagan, Snidman y Reznick (1990), mostraron que niños que eran categorizados como inhibidos, tímidos y fácilmente angustiados a los 21 meses de edad, ya presentaban mayor riesgo de desarrollar fobias específicas a los 7-8 años que los niños no inhibidos. Los primeros representaban un 32% frente al 5% de los niños no inhibidos.

A la vista de lo expuesto hasta ahora, es razonable pensar que los hermanos juegan un papel importante en la adquisición de miedo, a través de la información negativa y el modelado. Este estudio pretende, por tanto, analizar el papel que tienen los hermanos en la adquisición de los miedos en la infancia.

Autores como Arranz Freijo (2000) consideran que las relaciones que se establecen con los familiares son muy influyentes en el desarrollo psicológico del niño, ya que suelen ser relaciones continuas a lo largo del tiempo y son significativas para el individuo. La importancia de estas relaciones radica en el hecho de que responden a las necesidades básicas de un sujeto que aún es inmaduro y, por tanto, necesita de atención para poder sobrevivir y debe ser estimulado para poder progresar en su desarrollo (Arranz Freijo, 2000).

Si nos referimos a los hermanos, el vínculo fraternal fue descrito por Bank y Kahn (1988) como una conexión, tanto íntima como pública entre dos hermanos. Existen diferentes tipos de vínculo en función de la situación de la relación y el periodo de la vida, ya que, por ejemplo, los vínculos son más importantes en la niñez, la adolescencia y vejez (Reusche Lari, 2011).

La fratría cumple ciertas funciones de apego, de seguridad, de recursos, función de aprendizaje de roles sociales y función de sustitución paternal. Es por ello que la relación de hermanos juega un papel muy importante en la construcción de la personalidad de cada individuo y en su capacidad de ocupar un lugar, tanto en la familia como en la sociedad (Scelles, 2004).

Los hermanos pasan mucho tiempo juntos durante la infancia, por lo que la relación entre ellos influye en el desarrollo psicológico del individuo y ofrece muchos elementos que son clave para el aprendizaje y ayudan al niño en su desarrollo emocional (Arranz y Olabarrieta, 1998). Una relación positiva entre los hermanos caracterizada por la calidez y el apoyo emocional, entre otros, correlaciona positivamente con el bienestar psicológico, mientras que una relación negativa entre ellos contribuirá a una adaptación psicológica negativa (Longobardi, Prino, Gastaldi, & Jungert, 2019).

Investigaciones realizadas tanto en hogares como en laboratorios muestran que los hermanos mayores que se encuentran en la infancia media pueden enseñar a sus hermanos menores nuevos conceptos cognitivos y habilidades lingüísticas. A lo largo de la infancia, los hermanos mayores se convierten en los mejores maestros, ya que aprenden a simplificar las tareas de sus hermanos pequeños. La capacidad de ayudar a sus hermanos menores aumenta a medida que los mayores desarrollan la capacidad de tomar perspectiva con respecto a otras personas, es decir, ponerse en lugar del otro (Maynard, 2002).

Dunn (1988) sugiere que los niños que son criados por sus hermanos mayores se vuelven sensibles a los sentimientos y creencias de otras personas. A pesar de esto, como toda relación social, las relaciones entre hermanos no se encuentran libres de conflicto. La relación fraterna se caracteriza por un equilibrio entre el cuidado y el conflicto y ofrece al niño la oportunidad de desarrollar la capacidad de comprender las emociones y puntos de vista de otras personas, de aprender a manejar la ira y el enfado, y de resolver conflictos de una manera más adecuada (Brody, 2004).

Como ya hipotetizó Adler (1927), el orden de nacimiento que los niños ocupan dentro de la familia puede influir en cómo los padres tratan a cada niño y esto, puede producir diferencias de personalidad entre los hermanos. Además, las características personales pueden variar en función del lugar que ocupe cada niño dentro de la fratría (Zyrianova, Chertkova, & Pankratova, 2013).

Un aspecto de personalidad que puede verse afectado según el orden de nacimiento de los niños, es que los hermanos mayores correrán más riesgos si saben que pueden manejar la situación; sin embargo, evitarán esas situaciones de riesgo que puedan producirle lesiones (Eisenman, 2019). La literatura existente define al primogénito como el más responsable, que quiere complacer a sus padres y que actuará como modelo ante sus hermanos. Mientras que los hermanos que nacen después tenderán a ser más estables emocionalmente, abiertos a la experiencia, sociables e independientes (Black, Grönqvist, & Öckert, 2018).

En contraste a lo expresado por Black, Grönqvist y Öckert (2018), los resultados de Sulloway (1996) muestran que los primogénitos son más ansiosos y con mayor predisposición al enfado, debido a que, como decía Adler, al principio son los más privilegiados, pero cuando nacen más hermanos aparecen sentimientos de mayor responsabilidad y miedo al destronamiento. Mientras que los hermanos pequeños, más

consentidos por los padres, serían más depresivos, vulnerables, cohibidos e impulsivos y carecerían de empatía social (Rohrer, Egloff, & Schumukle, 2015).

En la misma línea, en investigaciones realizadas sobre la relación entre el orden de la fratría y la presencia de trastornos de ansiedad, existe una gran controversia y resultados contradictorios. Mientras autores como White (1931), Tuckman y Regan (1967) y Doss (1980) sostienen que los hermanos mayores tendrán un mayor desajuste emocional, Sletto (1934), Schooler (1964) y Gates, Lineberger, Crockett y Hubbard (1988) apoyan la idea de que serán los hermanos menores lo que tendrán un pobre ajuste emocional y por tanto, tendrán una mayor vulnerabilidad a sufrir trastornos de ansiedad (Gates, Lineberger, Crockett, & Hubbard, 1988).

Muchos padres suelen ser más restrictivos con el primogénito, apareciendo en estos padres primerizos muchos miedos por lo que le pueda pasar a su primer hijo si no cuidan de él constantemente, lo que puede producir que el niño crezca con más ansiedad que sus otros hermanos más pequeños. Con los posteriores hijos, los padres suelen estar más relajados y, en consecuencia, darán mayor libertad a los hijos pequeños (Eisenman, 2019).

La teoría social de Bandura (1977) mantiene que cada persona puede aprender a través de la observación e imitación de los comportamientos de otros, pudiendo ser estos de todo tipo, incluidos los comportamientos emocionales. Los niños adquieren información sobre las emociones a través de lo que observan, de cómo sus padres y hermanos expresan y describen las emociones. Por tanto, si los niños aprenden respuestas emocionales a partir de lo que observan e imitan de sus hermanos y los miedos pueden ser adquiridos a través de la información negativa de otros y de la observación de respuestas de miedo, los hermanos podrían ser considerados como una posible fuente de adquisición de miedos.

Los principales objetivos que se persiguen en esta investigación giran en torno a la relación entre los miedos durante la infancia y los hermanos. Se evalúa si la presencia de un mayor número de miedos infantiles correlaciona con tener hermanos o no y con el orden que cada niño ocupa dentro de éstos. Como se ha visto en investigaciones previas, los miedos pueden ser adquiridos a través de aprendizaje vicario e información negativa, siendo los hermanos una de las figuras que más tiempo pasa con los niños y quienes juegan un papel fundamental en su desarrollo. Por tanto, la presencia de hermanos podría

ser un factor influyente a la hora de desarrollar y adquirir más miedos durante etapas tempranas.

Por otro lado, el orden que los niños ocupen dentro de su fratría también puede influir a la hora de desarrollar un miedo en la infancia, ya que según la posición que ocupen tendrán unas características temperamentales diferentes.

Otro objetivo de la investigación tendría como fin analizar si existen diferencias en el contenido de los miedos en función de si los niños tienen hermanos o no, ya que algunos miedos son más susceptibles de ser adquiridos a través de información negativa.

Por último, el género es una variable a tener en cuenta en el estudio de los miedos durante la infancia, ya que como señalan numerosos estudios, las niñas tienden a presentar muchos más miedos en comparación con los niños. Por lo que otro de los objetivos de esta investigación es conocer la prevalencia de los miedos en niñas para comprobar si es efectivamente mayor que en niños.

En este trabajo se establecen cuatro hipótesis a partir de los objetivos descritos. La primera que se plantea en este estudio es que los niños que tengan hermanos presentarán un mayor número de miedos que los niños sin hermanos, debido a la exposición a información negativa y al aprendizaje vicario.

Además, se espera que los hermanos pequeños dentro de la fratría presenten un mayor número de miedos que los hermanos mayores, medianos y que los niños sin hermanos, ya que están más expuestos a información negativa y, además, al tender a ser más abiertos a la experiencia pueden tener más experiencias de aprendizaje directo con estímulos temidos.

En cuanto, al contenido de los miedos, se espera que los niños con hermanos tengan más miedos en relación a lo desconocido, al peligro y a la muerte que los niños sin hermanos, ya que según la literatura previa este tipo de miedos, son los que más se adquieren por información negativa.

Por último, en cuanto al género, las niñas presentarán un mayor número de miedos que los niños.

## MÉTODO

### Participantes

En este estudio se contó con una muestra de niños con edades comprendidas entre los 10-12 años ( $M=10.75$ ,  $D.T=.740$ ), estudiantes del colegio público Victorio Macho de Burguillos de Toledo (Toledo). La muestra está conformada por un total de 63 niños, siendo 31 niños (49.20%) y 32 niñas (50.80%). De los cuales 51 (80.95%) tenían hermanos, mientras que 12 de ellos eran hijos únicos (19.05%). De los 51 niños y niñas que tenían hermanos, 25 (49%) eran los hermanos mayores, 8 (15.70%) hermanos medianos y 18 (35.30%) eran los pequeños dentro de la fratría.

En primer lugar, se contactó con la directo del colegio Victorio Macho, explicando los objetivos de la investigación y proporcionando toda la información necesaria para la solicitud de su participación. Tras la aceptación de la participación por parte del colegio, se envió a los padres el consentimiento informado para así obtener la autorización de los tutores legales para la participación de los menores.

### Procedimiento

El cuestionario FSSC-II se aplicó a los niños en formato papel, en presencia de, la tutora y la autora de la presente investigación. La aplicación se llevó a cabo en tres grupos según la edad. Dos de los grupos estaban formados por niños de 5º Educación Primaria con edades comprendidas entre los 10 y 11 años, mientras que el tercer grupo eran niños de 6º de Educación Primaria de edades entre los 11 y 12 años.

Antes de repartir los cuestionarios, se dieron instrucciones sobre cómo contestarlos y los objetivos que tenía la investigación. Una vez repartidos, los niños los contestaron de manera individual, preguntando las dudas que pudieran surgir ante determinados ítems. La duración aproximada de la prueba fue de unos 20 minutos en cada uno de los grupos.

### Instrumentos

En un primer momento, los participantes respondieron una serie de preguntas que conforman un cuestionario sociodemográfico de diseño propio, con preguntas que facilitaron información sobre su sexo, si tenían o no hermanos y en caso de tenerlos que lugar ocupan dentro de la fratría (hermano mayor, mediano o pequeño).

El instrumento que se empleó en la presente investigación fue el Inventario de Miedos para Niños II (Fear Survey Schedule for Children II, FSSC-II), de Gullone y King, debido

a que es la escala más empleada para la evaluación de miedos en población juvenil, y, además, es la medida de este tipo que ha demostrado mejores propiedades psicométricas.

El constructo que mide este instrumento es el miedo infantil, que en ocasiones puede ser considerado como adaptativo o normativo, es decir, como una reacción normal ante una amenaza real o imaginaria, considerada como una parte integral y adaptativa del desarrollo de los niños, por lo que su evaluación puede ayudarnos enormemente a entender el desarrollo emocional de los niños (Burnham & Gullone, 1997).

Este cuestionario ha sufrido varias modificaciones a lo largo del tiempo, ya que es la técnica de auto informe más empleada para la evaluación del miedo. Inicialmente, el más empleado fue el Inventario de Miedos Revisado (FSSC-R) de Ollendick (1983), el cual se basaba en el Inventario de Miedos para Niños (FSS-FC) desarrollado por Scherer y Nakamura (1968).

A partir de ahí, Gullone y King (1992) realizaron una segunda revisión del Inventario de Miedos para niños inicial (FSS-FC). Estos autores incluyeron miedos más actuales como el miedo a la guerra nuclear o al sida. Además, el número de ítems y la escala de respuesta también fue modificada. En un principio, la escala originaria (FSS-FC) contaba con 80 ítems que se respondían en una escala de cinco puntos. Fue Ollendick (1983), en su versión revisada (FSSC-R) redujo la escala de cinco puntos a tres puntos, siendo 1 “no me asusta”, 2 “me asusta” y 3 “me asusta mucho” (Ascensio y col., 2012).

La versión española fue traducida y adaptada culturalmente por Ascensio, Vila, Robles-García, Páez, Fresán y Vázquez (2012) en una muestra de adolescentes y jóvenes mexicanos. El Inventario de Miedos (FSSC-II) está compuesto por 78 ítems, que se puntúan en una escala de tres puntos de tipo Likert, se evalúa así la intensidad de los miedos, los cuales se clasifican en cinco dimensiones principales. Estas dimensiones son el miedo a la muerte y al peligro, miedo a lo desconocido, miedo al fracaso o a la crítica, miedos a los animales y estrés físico-miedos médicos. Este instrumento, por tanto, pretende medir un área unitaria, el miedo, el cual a su vez se divide en diferentes dimensiones o categorías.

Los resultados obtenidos en la investigación realizada con población mexicana, fueron corroborados en una muestra de estudiantes españoles de primaria y secundaria en un estudio realizado por Pulido y Herrera (2017).



En la Tabla 2 se muestra una comparativa entre la consistencia interna obtenida en la investigación con población mexicana y la presente investigación, mostrando los valores Alpha de Cronbach del test global y de cada uno de sus factores.

Tabla 2

*Comparación de la consistencia interna de los factores FSSC-II en la versión mexicana y en el presente estudio*

Factor	Alpha México	Alpha actual
I. Miedo a la muerte o peligro	.94	.92
II. Miedo a animales o a lesiones	.86	.84
III. Miedo al fracaso escolar o a la crítica	.86	.81
IV. Miedo a lo desconocido	.85	.73
V. Miedos médicos	.70	.54
Consistencia interna total	.96	.94

### **Análisis estadístico**

Una vez obtenidos los datos y construida la base de datos, se realizó el pertinente análisis estadístico. Para comprobar la consistencia interna total de la escala y de cada uno de los cinco factores del cuestionario se empleó la prueba  $\alpha$  de Cronbach. A continuación, se realizaron los análisis correspondientes para la comprobación de los supuestos de normalidad de cada una de las hipótesis para así asegurar el tipo de análisis necesario en cada caso, ya fuese de tipo paramétrico o no paramétrico.

Las distribuciones del número de miedos de los niños con hermanos y los niños sin hermanos, cumplieron el supuesto de normalidad por lo que se empleó la prueba paramétrica t de Student para muestras independientes. Lo mismo ocurrió en las distribuciones del número de miedos a la muerte o peligro de los niños con hermanos y sin hermanos, por lo que se realizó la misma prueba para esta hipótesis. Al igual, que en la distribución del número de miedos en función del sexo.

Sin embargo, el supuesto de normalidad no se cumplió en la hipótesis que quería comprobar si los niños con hermanos tienen más miedos a lo desconocido que los niños sin hermanos, por lo que se empleó un análisis no paramétrico U de Mann-Whitney.

En el caso de la distribución del número de miedos en función del lugar que ocupan los niños dentro de la fratría, también cumplió el supuesto de normalidad por lo que se empleó una prueba paramétrica ANOVA de un factor.

## **RESULTADOS**

La primera hipótesis postulaba que los niños que tuvieran hermanos tendrían un mayor número total de miedos que los niños que no tenían hermanos. Según la prueba de *t* de Student para muestras independientes ( $t(61)=1.642, p=.106$ ) no se han encontrado diferencias estadísticamente significativas entre tener hermanos y tener un mayor número de miedos en la infancia.

En el caso de la segunda hipótesis se sugirió que los niños que son los pequeños dentro de la fratría presentarían un mayor número de miedos totales que los niños que fueran hermanos mayores o medianos. Según la prueba ANOVA de un factor ( $F(2,48)=.113, p=.893$ ) no se han podido encontrar diferencias estadísticamente significativas entre la posición que los niños ocupan dentro de la fratría y el número total de miedos que expresan.

En cuanto al contenido de los miedos, se comprobó si los niños con hermanos tenían más miedos a la muerte y al peligro que los niños sin hermanos. Los resultados obtenidos ( $t(61)=1.855, p=.068$ ) mostraron que no se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre tener hermanos o no a la hora de tener más miedos relacionados con la muerte y el peligro. Mientras que en la hipótesis que enuncia que los niños con hermanos tendrán más miedos a lo desconocido que los niños sin hermanos ( $U=211.5, Z=-1.661, p=.097$ ) tampoco se han encontrado diferencias estadísticamente significativas entre ambos grupos de niños.

Por último, se analizó mediante una prueba *t* de Student para muestra independientes si las niñas presentaban un mayor número de miedos totales que los niños. Los resultados obtenidos no muestran diferencias significativas entre las niñas y los niños ( $t(61)=-.456, p=.650$ ).

## **DISCUSIÓN**

En este estudio no se encontraron diferencias significativas entre el número de miedos totales medidos por la escala en función de la condición de tener hermanos o no. No se cumple, por tanto, la primera hipótesis, que postulaba que los niños con hermanos tendrían más miedos que los niños sin hermanos. Investigaciones previas llevadas a cabo

por autores como Muris (1997) mostraba que la principal vía de adquisición de miedos en la infancia era la información negativa. Esta información negativa puede ser recibida de personas significativas como los hermanos. Arranz y Olabarrieta (1998) definen la relación entre hermanos como un proceso de aprendizaje que contribuye a determinar el desarrollo emocional de cada uno de ellos.

A pesar de la literatura previa, con los resultados encontrados en este estudio no se puede determinar que los hermanos sean una de las fuentes principales involucradas en la adquisición de miedos en la infancia.

Los hermanos menores están más expuestos a la información negativa de sus hermanos mayores, ya que estos son tomados como una figura de referencia. Se esperaba que los niños que son los pequeños dentro de fratría tuvieran un mayor número de miedos que los niños sin hermanos y los niños que son hermanos mayores o medianos. Esta hipótesis tampoco encontró respaldo en los resultados encontrados. Los hermanos mayores funcionan, en muchas ocasiones, como maestros de sus hermanos menores, quienes aprenden de ellos, por lo que el miedo a ciertos estímulos podría ser otra respuesta emocional que los mayores transmiten a los pequeños (Maynard, 2002).

Del mismo modo, no se cumplieron las hipótesis que tenían en cuenta los contenidos de los miedos. Investigaciones previas señalan que los miedos relacionados con lo desconocido, el peligro y la muerte son lo que más se adquieren a través de información negativa. Es por ello que se esperaba que los niños con hermanos tuvieran más miedos de este tipo, debido a que están expuestos a más información negativa de sus hermanos. Sin embargo, no se encontraron diferencias significativas entre los niños con hermanos y sin hermanos en los factores de miedo a lo muerte o al peligro y el factor de miedo a lo desconocido, por lo que no se puede afirmar que los hermanos pequeños tengan más miedos de este tipo que los niños sin hermanos o los hermanos mayores o medianos.

Por último, no se encontraron diferencias significativas que confirmaran la mayor presencia de miedos en niñas que en niños. La mayoría de los estudios realizados en cuanto al género mostraban una mayor prevalencia e intensidad de miedos en niñas que en niños, tanto en una escala global como en los diferentes factores que conforman las escalas (Valiente, Sandín, Chorot, & Tabar, 2002).

Una de las posibles razones por las que los resultados mostrados en el presente estudio no son significativos es la muestra tan reducida con la que se contaba. En el caso

de los niños sin hermanos se contaba con muy pocos niños en comparación con los niños con hermanos, siendo en cualquier caso una muestra total muy reducida. Por lo que para futuras investigaciones sería interesante contar con un número más amplio de participantes, tanto de niños con hermanos (mayores, medianos y pequeños) como niños que sean hijos únicos.

Por otro lado, las hipótesis planteadas se centraban en el número de miedos en función de el orden que ocupaban los niños dentro de la fratría. Sin embargo, sería también interesante haber tenido en cuenta las variables de personalidad de cada uno de los niños, ya que ciertos rasgos de personalidad correlacionan con mayores puntuaciones en los miedos. Craske, Hermans y Vansteenwegen (2006) afirman que ciertas variables individuales de personalidad afectan a las experiencias de miedo que experimentan los niños, además de a su adquisición y mantenimiento en el futuro, por lo que tenerlas en cuenta podría enriquecer los resultados.

Además, en el presente estudio no se tiene en cuenta la relación entre los hermanos. Podría ser, por ejemplo, que los hermanos no compartieran vivienda y por consiguiente no pasaran mucho tiempo juntos; o la calidad de la relación entre los hermanos puede variar en función de la educación recibida, la conciliación familiar o la diferencia de edad entre ellos. La diferencia de sexo entre los hermanos también sería interesante que fuera tenida en cuenta, ya que quizás los hermanos pequeños vean más a sus hermanos del mismo sexo como modelos que hermanos de diferente sexo.

En cuanto al instrumento empleado, se utilizó el FSSC-II por ser el que mejores propiedades psicométricas ha demostrado. Sin embargo, su año de publicación fue 1997 por lo que queda un poco anticuado en algunos aspectos al no incluir ítems que puedan haber cobrado una mayor importancia en la sociedad actual. Para futuras investigaciones sería interesante combinar el uso de dos instrumentos que puedan complementarse y aportar nueva información, así como incluir una pregunta abierta donde los niños puedan escribir cuál consideran su mayor miedo, ya que puede no estar incluido en la lista de ítems. Esta pregunta abierta ayudará a saber el miedo que el niño tiene más presente y quizás tenga mayor intensidad y frecuencia, mientras que los ítems del cuestionario ayudarán al niño a recordar estímulos temidos.

La deseabilidad social es otro aspecto que no se pudo controlar durante la aplicación del instrumento. La deseabilidad social se define como la tendencia a atribuirnos a nosotros mismo cualidades socialmente deseables para así no mostrar

aquellas que no son socialmente aceptables. Esta visión distorsionada puede influirnos a la hora de responder preguntas.

En niños, la influencia de esta deseabilidad social se incrementa, ya que intentan agradar a los demás mostrando una visión mejorada de ellos (Lemos, 2006). Este fenómeno puede haber sesgado las respuestas de los participantes, que no querrían ser vistos como niños miedosos o temerosos. Este patrón podría afectar más a los niños varones, quienes por el rol establecido en la sociedad tienden a demostrar en menor medida sus emociones y miedos.

Por último, en este estudio se pretendió averiguar si los hermanos a través de información negativa podrían haber afectado a la adquisición de miedos. Durante la infancia muchos de los miedos que presentan los niños son de tipo adaptativo y normales a su edad en función de etapa evolutiva en la que se encuentren. A pesar de ello existe la posibilidad de adquirir los miedos a través de condicionamiento clásico, aprendizaje observacional o información negativa. Otra posible línea de investigación futura sería continuar el estudio de cómo los niños adquieren los miedos atendiendo a las tres vías de adquisición descritas.

En conclusión, los miedos en la infancia han sido ampliamente estudiado en líneas de investigación sobre su carácter adaptativo y evolutivo. Sin embargo, no hay mucha investigación sobre los posibles factores, tanto personales como ambientales, que pueden afectar en la adquisición y mantenimiento de los miedos en la infancia y posterior edad adulta.

En cuanto a las vías adquisición de los miedos existe amplia investigación acerca de cómo una experiencia directa con un estímulo aversivo o temido puede conllevar a la aparición de un miedo (condicionamiento clásico). Sin embargo, no se cuenta con tanta información y estudios sobre, qué personas pueden afectar más sobre el niño y transmitirle un miedo, ya sea por aprendizaje observacional o información negativa.

Por otro lado, hay una insuficiente investigación sobre los factores personales y rasgos de personalidad que predisponen a unas personas a adquirir más miedos que otros, así como qué componentes ambientales actuarían cómo agentes de protección o predisposición en dicha adquisición.

## REFERENCIAS

- American Psychiatric Association. (2013). *DSM-5: Manual Diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Arlington, VA: American Psychiatric Publishing.
- Antony, M. M. y Barlow, D. H. (2002). Specific phobias. En D.H. Barlow (dir.), *Anxiety and its disorders: the nature and treatment of anxiety and panic*, (pp. 380 - 417). Nueva York: Guilford Press.
- Arranz, E. y Olabarieta F. (1998). Las relaciones entre hermanos. En J. Palacios y M. J. Rodrigo. *Familia y desarrollo humano* (pp. 245-260). Madrid: Alianza Editorial.
- Arranz, E., Yenes, F., Olabarieta, F. & Martín, J.L. (2001). Relaciones entre hermanos/as y desarrollo psicológico en escolares. *Infancia y Aprendizaje*, 24(3), 361-377.
- Arranz Freijo, E. (2000). Interacción entre hermanos y desarrollo psicológico: una propuesta educativa. *Innovación Educativa*, 311-331.
- Arranz, E., Yenes, F., Olabarieta, F., & Martín, J.L. (2001). Relaciones entre hermanos/as y desarrollo psicológico en escolares. *Infancia y Aprendizaje*, 24(3), 361-377.
- Ascensio, M., Vila, M., Robles-García, R., Páez, F., Fresán, A., & Vázquez, L. (2012). Estudio de traducción, adaptación y evaluación psicométrica del Inventario de Miedos FSSC-II en una muestra de estudiantes de educación media superior. *Salud Mental*, 35, 195-203.
- Báguena, M.J., y Chisbert, M.J (1998). El género como modulador de la evolución psicológica de los miedos. *Análisis y Modificación de Conducta*, 24, 329-451
- Bank, S. y Kahn, M. (1988). *El vínculo fraterno*. Buenos Aires: Paidós.
- Bandura, A. (1977). Self-efficacy toward a unifying theory of behavioral change. *Psychological Review*, 84, 191-215.
- Beltrán Martínez, S. (2014). Los miedos en la pre-adolescencia y adolescencia y su relación con la autoestima. Un análisis por edad y sexo. *Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*, 1(1), 27-39.
- Biederman J, Rosenbaum JF, Hirshfeld DR, et al. (1990). Psychiatric Correlates of Behavioral Inhibition in Young Children of Parents With and Without Psychiatric Disorders. *Arch Gen Psychiatry* 47(1):21–26.

- Black, S., Grönqvist, E., & Öckert, B. (2018). Born to Lead? The Effect of Birth Order on Noncognitive Abilities. *Review of Economics & Statistics*, 100(2), 274-286.
- Brody, G. H. (2004). Siblings' direct and indirect contributions to child development. *Current Directions in Psychological Science*, 13(3), 124-126.
- Caballo, V., & Simón, M. (2002). *Manual de Psicología Clínica Infantil y del Adolescente: trastornos generales*. Madrid: Pirámide.
- Caballo, V. E., Gonzalez, S., Alonso, V., Guillen, J. L., Garrido, L. e Irurtia, M. J. (2006). Los miedos infantiles: Un analisis por edades y sexo. *Revista Humanitas*, 3,16-22.
- Craske, M., Hermans, D., & Vansteenwegen, D. (2006). *Fear and Learning: from basis processes to clinical implications*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Eisenman, R. (2019). Birth order and personality. *Salem Press Encyclopedia of Health*.
- Epstein, S. (1972). The nature of anxiety with emphasis upon its relationship to expectancy. In C. D. Spielberger (Ed.), *Anxiety: Current trends in theory and research* (pp. 291-337). New York: Academic Press.
- Gates, L., Lineberger, M., Crockett, J., & Hubbard, J. (1988). Birth Order and Its Relationship to Depression, Anxiety, and Self-Concept Test Scores in Children. *The Journal of Genetic Psychology*, 149(1), 29-36.
- Hofmann, S., & Moscovitch, D. (2002). Evolutionary Mechanisms of Fear and Anxiety. *Journal of Cognitive Psychotherapy*, 16(3), 317-329.
- King, N., Eleonora, G., & Ollendick, T. (1998). Etiology of childhood phobias: current status of Rachman's three pathways theory. *Behaviour Research and Therapy*, 297-309.
- Lemos, V. (2006). La Deseabilidad Social en la Evaluación de la Personalidad Infantil. *Suma Psicológica*, 13(1), 7-14.
- Lima Álvarez, M., & Casanova Rivero, Y. (2006). Miedo, ansiedad y fobia al tratamiento estomatológico. *Humanidades Médicas*.
- Longobardi, L., Prino, L., Gastaldi, F., & Jungert, T. (2019). Sibling Relationships, Personality Traits, Emotional, and Behavioral Difficulties in Autism Spectrum Disorder. *Child Development Research*, 1-9.

- Maynard, A.E. (2002). Cultural teaching: The development of teaching skills in Maya sibling interactions. *Child Development*, 73, 969–982.
- Méndez Carrillo, F., Inglés, C., Hidalgo, M., García-Fernández, J., & Quiles, M. (2003). Los miedos en la infancia y la adolescencia: un estudio descriptivo. *Revista Electrónica de Motivación y Emoción*.
- Mineka, S., & Öhman, A. (2002). Phobias and preparedness: The selective, automatic and encapsulated nature of fear. *Biological Psychiatry*, 52(10), 927-937.
- Morris, R., & Kratochwill, T. (1985). Behavioral treatment of children's fears and phobias: A review. *School Psychology Review*, 14, 84-93.
- Mowrer, O.H. (1960). Two-Factor Learning Theory: Versions One and Two. En O.H. Mowrer (Ed.), *Learning theory and behavior* (pp. 63-91). Hoboken, NJ, US: John Wiley & Sons Inc.
- Muris, P., Merckelbach, H., & Collaris, R. (1997). Common childhood fears and their origins. *Behaviour Research and Therapy*, 35(10), 929-937.
- Öhman, A., & Mineka, S. (2001). Fears, Phobias, and Preparedness: Toward an Evolved Module of Fear and Fear Learning. *Psychological Review*, 108(3), 483-522.
- Reusche Lari, R. (2011). Dinámica psicológica de la familia. *Temática Psicología*, 7-16.
- Rohrer, J., Egloff, B., & Schumukle, S. (2015). Examining the effect of birth order on personality. *PNAS*, 112(46), 14224-14229.
- Sandín, B. (1997). Ansiedad, miedos y fobias en niños y adolescentes. Madrid: Dykinson.
- Scelles, R. (2004). La fratrie comme ressource. En R. Scelles, *Cahier Critiques de Thérapie familiale et de Pratiques de Réseaux* (págs. 105-123). 2004: De Boeck Supérieur.
- Seligman, M. E. (1971). Phobias and preparedness. *Behavior Therapy*, 2(3), 307-320
- Servera Barceló, M., & Bernad Martorell, M. (2017). *Psicopatología Infantil*. Madrid: Síntesis.
- Sylvers, P., Lilienfeld, S., & LaPrairie, J. (2011). Differences between trait fear and trait anxiety: Implications for psychopathology. *Clinical Psychology Review*, 31(1), 122-137
- Valiente, R., Sandín, B., & Chorot, P. (2011). *Miedos en la infancia y la adolescencia*. Madrid: UNED.



- Valiente, R., Sandín, B., Chorot, P., & Tabar, A. (2002). Diferencias sexuales en la prevalencia e intensidad de los miedos durante la infancia y la adolescencia: datos basados en el FSSC-R. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 7(2), 103-113.
- Vicente, F. de. (2014). *Psicología del Aprendizaje*. Madrid: Síntesis.
- Watt, M., Stewart, S., Moon, E., & Terry, L. (2010). Childhood Learning History Origins of Adult Pain Anxiety. *Journal of Cognitive Psychotherapy: An International Quarterly*, 24(3), 198-212.
- Zyrianova, N., Chertkova, Y., & Pankratova, A. (2013). The Influence of Birth Order and Family Size on the Relationships between Cognitive Abilities and Personality Traits . *Social and Behavioral Sciences*, 262-266.